

The illustration depicts a dramatic battle scene. In the center, a warrior in ornate, dark armor with a prominent red plume on his helmet stands atop a pile of skulls. He holds a long spear with a red banner and a sword. To his right, a large, green-skinned, horned creature with a dark cape is engaged in combat. In the background, another warrior with a red plume is visible, and a spectral, glowing figure looms in the distance. The scene is set against a backdrop of lightning and a stormy sky.

WARHAMMER
AGE OF SIGMAR

GUERRAS DEL ALMA

JOSH REYNOLDS

minotauro



GUERRAS DEL ALMA



JOSH REYNOLDS

minotauro

Título: *Guerras del alma*

Versión original inglesa publicada por Black Library, 2018.

Soul Wars, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Storm Eternals y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *Soul Wars*

Ilustración de la cubierta: Igor Sid

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2021 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: Simon Saito

ISBN: 978-84-450-1174-4

Depósito legal: B. 3.393-2021

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

LA PIRÁMIDE NEGRA

NAGASHIZZAR, LA CIUDAD SILENCIOSA

En el corazón del Reino de la Muerte, el Rey Inmortal esperaba sentado en su trono de basalto.

En silencio y pacientemente, hacía un recuento de todas las veces que había demolido montañas y secado mares. Las arañas tejían telas sobre sus ojos y los gusanos le horadaban los huesos, pero él no les hacía caso. Esas vidas miserables no eran dignas de Nagash. Su cabeza estaba en otra parte, en la Gran Obra.

Nagash se enderezó bruscamente, alarmado, y en las negras cuencas de sus ojos apareció un fulgor morado. Las facetas dispersas de sus percepciones se contrajeron y los dispares reinos quedaron arrinconados cuando depositó toda su atención en Shyish y en las tierras que reclamaba.

Algo marchaba mal. Había un error en las fórmulas. Un imprevisto. El aire vibraba con una vida pura, primigenia; golpeaba los márgenes de su percepción como un viento caliente. Nagash se sumergió un poco más para ver a través de los ojos de sus siervos, los esqueletos guardianes que patrullaban ininterrumpidamente las calles. Y vio... verdor. Pero no el verdor de la vegetación, sino un verde oscuro, la sólida musculatura verde de cosas que no deberían estar en Nagashizzar. Oyó el sonido atornador de tambores hechos con pieles recién arrancadas y notó un hedor caliente en el aire.

Estaba cociéndose algo, algo inconcebible. Y no obstante estaba sucediendo.

Nagash se sacudió el polvo de siglos y se puso en pie. El crujido de sus huesos sonó como árboles cayendo. Un huracán de murciélagos y de espectros lo envolvía mientras enfilaba por el silencioso salón del trono, que temblaba con cada uno de sus pasos. Lo seguían, como siempre, nueve pesados libros unidos con una cadena a su cuerpo. Las cubiertas gruesas y carnosas de los grimorios se revolvían y lanzaban dentelladas como bestias salvajes acechadas por espíritus.

Abrió violentamente las grandes puertas negras de hierro y los siervos que se hallaban en el claustro se sobresaltaron. El hecho de que los descarnados señores de sus legiones de esqueletos guerreros estuvieran delante de las puertas de su salón del trono en vez de atendiendo sus obligaciones avivó las llamas de su ira.

—¡Arkhan! —bramó con una voz que sonó como una racha de viento en una sepultura—. ¡Ven aquí!

Arkhan el Negro, Mortarca del Sacramento y visir del Rey Inmortal, se adelantó rodeado por una camarilla de liches de segunda fila. Los sacerdotes arrugados y muertos desde tiempos inmemoriales se cobijaron en la sombra de Arkhan, como si buscaran la protección del dios al que habían servido brevemente en vida y hasta el fin de los tiempos en la muerte. A diferencia de sus subordinados, Arkhan no tenía un cuerpo marchito, pues en sus huesos oscuros no había ni un gramo de carne. Vestía unas suntuosas ropas de púrpura y oro y una armadura de los mismos colores, e irradiaba un poder solo superado por su señor.

Nagash lo sabía porque él le había obsequiado con ese poder hacía mucho tiempo. Arkhan era la Mano de la Muerte y el castellano de Nagashizzar. Era el recipiente que representaba la voluntad de Nagash. El único propósito de Arkhan era aquel con el que Nagash lo honrara.

—Habla, siervo. ¿Qué sucede en los límites de mi conocimiento?

—Vedlo con vuestros propios ojos, mi señor. Mis palabras no le harían justicia.

A pesar de que el rictus de dientes negros de Arkhan era incapaz de expresar emociones, Nagash tuvo la impresión de que sonreía. El mortarca se dio la vuelta y cortó el aire con su bastón de mando. Los liches y los espíritus se apartaron de su camino para que condujera a su señor a uno de los grandes balcones que jalonaban la torre. Al gesto de Arkhan, los

esqueletos de la guardia, enfundados en panoplias de reinos extinguidos mucho tiempo atrás, formaron rápidamente un círculo protector alrededor de Nagash. Aunque el Rey Inmortal no tenía miedo alguno a los asesinos, no puso trabas a la paranoia de su siervo.

—Al parecer, hay una plaga de alimañas, mi señor —dijo Arkhan mientras salían al balcón—. De hecho, son unas alimañas difíciles de exterminar.

Razarak, el horror abisal que era la montura de Arkhan, estaba tendido sobre las piedras, dándose un banquete con un espíritu. La bestia, de hueso y hierro negro, cuyo cuerpo era una jaula para los cráneos de traidores y cobardes, emitió un gruñido inquisitivo cuando su amo pasó a su lado con paso resuelto. Pero cuando atisbó a Nagash cerró la boca y volvió a tumbarse.

Nagashizzar, la Ciudad Silenciosa del sinfín de columnas, se extendía ante ellos. Se había construido respetando estrictamente las fórmulas de las Geometrías de los Cadáveres. Era una máquina de piedras y sombras, intrincada en su solidez, cómoda en su previsibilidad.

Era un lugar de tenebrosas avenidas de piedras negras con vetas púrpura y de plazas vacías, donde oscuros edificios se alzaban en adusta reverencia a la voluntad de Nagash. Esos monumentos ciclópeos estaban contruidos con ladrillos de cristalumbrío, la forma vitrificada de la tumbarena. Los vientos de la muerte resonaban en esos altísimos edificios, más duros que el acero y con las fachadas completamente lisas.

Nagashizzar se había construido en la primera montaña que emergió en los mares eternos. En otro tiempo, en otro mundo, había sido otra ciudad, también gobernada por Nagash. Lo único que quedaba ahora de ese espléndido reino eran recuerdos raídos que revoloteaban como polillas en los márgenes de su consciencia.

Esos recuerdos habían arraigado allí y crecido como un silencioso monumento conmemorativo. O tal vez como una burla. Ni siquiera Nagash lo sabía con certeza. En cualquier caso, Nagashizzar le pertenecía, siempre había sido así y siempre lo sería. Así de firme era su visión.

Pero estaba poniéndose a prueba esa visión.

Nagash detectó un olor familiar. El aire vibraba con el redoble de tambores salvajes y bramidos. Unas figuras simiescas y musculadas, enfundadas en armaduras toscas y demasiado grandes o pequeñas para sus cuerpos, avanzaban por las calles polvorientas de Nagashizzar. Orruks. Los bestiales hijos primitivos de Gorkamorka.

Abajo, en las amplias plazas y avenidas, se congregaban falanges de esqueletos guerreros que intentaban en vano detener la marea verde. Los orruks hacían temblar el suelo con la furia alborozada de su carga. Una Maw-krusha embistió una columna y la atravesó de lado a lado rugiendo coléricamente. Los fragmentos de piedra del pilar salieron disparados por toda la plaza. La bestia arremetió saltando contra las filas de los muertos mientras el orruk que llevaba sobre su lomo gritaba con satisfacción.

Los orruks eran la antítesis del disciplinado ejército que tenían enfrente. Para ellos la guerra era un juego y cargaban con un entusiasmo salvaje. Se enzarzaban con los muertos bramando desafíos absurdos a las sordas legiones de las tumbas. Su único objetivo era la destrucción total. A menos que...

Nagash volvió la vista hacia el centro de la ciudad, donde la imponente explanada que coronaba la Pirámide Negra se recortaba en el cielo. Era el mayor y más espléndido monumento que había ordenado construir. A diferencia de los varios centenares de sus réplicas más pequeñas repartidas por todo Shyish, la Pirámide Negra era la piedra angular de su labor. La cúspide de la pirámide invertida en el corazón de Shyish se hundía en Nekroheim, el inframundo que había debajo de Nagashizzar, mientras que su base se extendía por la superficie de la ciudad.

Un ramalazo de inquietud lo recorrió mientras reflexionaba sobre la trascendencia del repentino ataque. No era posible que fuera una coincidencia. Miró a Arkhan.

—¿De dónde salen?

El mortarca señaló al sur con su bastón.

—Del Ojo del Chacal —respondió Arkhan.

Nagash miró en la dirección que le indicaba su subordinado y entre cerró los ojos. El Ojo del Chacal era un portal del reino que comunicaba con las tierras interiores de Ghur. Por toda la región había una multitud de puertas dimensionales como esa. Eran vías de comunicación entre Shyish y el resto de los reinos mortales. Los guerreros de más confianza de Nagash las custodiaban permanentemente. Al menos esa era la orden que él había dado hacía un siglo o más. Como si estuviera al tanto de los pensamientos de su señor, Arkhan añadió:

—Quienquiera que los haya dejado pasar será castigado, mi señor. Me encargaré personalmente de que sea así.

—Si los orruks están aquí, quien custodiaba la puerta ya no existe. No tengo ningún interés en el motivo de su fiasco.

Nagash meditó sobre el problema al que debía hacer frente. Después, como era su derecho por ser dios y rey, lo delegó en otro, cuya única razón de ser era ocuparse de tales trivialidades.

—Arkhan, encárgate de eliminar a esas criaturas. —Nagash bajó la mirada a su mortarca. Arkhan lo miró a los ojos sin inmutarse. El miedo, como casi todo lo demás, había sido extirpado del liche durante el milenio de servidumbre—. Yo me ocuparé de concluir la Gran Obra antes de que la interrupción eche por tierra todo el trabajo realizado.

—Como ordenéis, mi señor. —Arkhan golpeó las piedras negras del balcón con el regatón del bastón. *Razarak* se levantó resoplando. El horror abisal se adelantó y Arkhan se impulsó ágilmente para subir a la silla de montar. Agarró las riendas y lanzó una mirada a su señor—. Soy vuestro siervo. Como siempre.

Nagash detectó lo que podría haber sido una nota de desprecio en el tono apagado de su voz. Naturalmente, eso era imposible. Había tantas posibilidades de que el mortarca desafiara a Nagash como que lo hiciera uno de los esqueletos que se arrastraban por el páramo. Y sin embargo parecía hacerlo, en una multitud de pequeños detalles. Era como si hubiera una debilidad en él... o en el mismo Nagash.

El semblante de Nagash mostró un atisbo de duda. Pero, como siempre, la maquinaria negra que tenía por alma corrigió ese fallo y continuó funcionando. Se había equivocado; no había un componente desafiante en su siervo. Arkhan era la viva imagen de la lealtad. Todos eran uno, Nagash, y Nagash era todos.

—Adelante —dijo el Rey Inmortal, y el eco estentóreo de su orden provocó que el aire mismo temblara y se resquebrajara.

Con un grito estridente, el mortarca puso a galopar su montura. La monstruosidad esquelética recorrió a la carrera el balcón y echó a volar de un salto. Los vientos de la muerte envolvieron como una capa protectora montura y jinete y los transportaron a la batalla.

Un instante después, un ciclón de espíritus atormentados pasó aullando junto a Nagash y se elevó en el aire para seguir al mortarca. Nagash observó cómo la atronadora nube de espectros letales, maleados y deformados a su voluntad para adaptarlos a la tarea que debían realizar, se alejaba por el cielo. En vida habían sido delincuentes, asesinos y traidores. Ahora, en la muerte, eran reses encadenadas, afligidas por un hambre atroz que nunca podían saciar. Nagash sabía, por encima de todo, ser un dios justo.

El Rey Inmortal se dio la vuelta, satisfecho. Arkhan se ocuparía de todo o lo destruirían en el intento. No sería la primera vez que el mortarca volvía a levantarse después de que acabaran con él. Nagash siempre terminaba por resucitarlo. Su colaboración no finalizaría mientras el Rey Inmortal requiriera sus servicios.

Se volvió de nuevo hacia la Pirámide Negra y dejó que su cuerpo se deshiciera en polvo y huesos. Ni siquiera mientras se descomponía su mente dejó de recorrer los confines de la pirámide como si fuera un viento agonizante. El interior de la construcción era un laberinto de túneles y pasadizos dispuestos de manera impecable y con las paredes tan pulidas que parecían espejos. Esos pasajes resonaban con las energías del vacío aetérico, invisible e ineludible, que envolvía e impregnaba los reinos mortales.

La construcción de la pirámide se había iniciado en las entrañas de Nagashizzar, en el inframundo de Nekroheim, los pozos de los que habían surgido el resto de los inframundos. Los muertos de civilizaciones enteras habían aportado sus huesos para levantar las paredes y los techos de las cavernas del inframundo. Un sol muerto, la ira titilante de una esfera ancestral que se había apagado hacía mucho tiempo, se alzaba desde el pozo más profundo del vastísimo inframundo para iluminarlo. Su repugnante radiación envolvía con mortajas de escarcha y niebla todo lo que tocaba, y una corona eterna de almas aullantes orbitaba a su alrededor.

Ahora ese sol se agitaba maliciosamente, con el corazón incandescente perforado por la piedra que remataba la pirámide, formada a partir de la más pura tumbarena. Él mismo, con sus propias manos, había colocado esa piedra. Solo la magia y la naturaleza líquida de Nekroheim habían hecho posible tamaña maravilla de la ingeniería. La Pirámide Negra había crecido desde ese punto, expandiéndose imparablemente hacia arriba y hacia los lados.

En el pasado, las pirámides negras habían sido las fuentes de su poder, ya que estaban diseñadas para capturar las almas de los muertos, como hacían las redes de pesca con los peces. Ahora la mayoría habían desaparecido, reducidas a escombros por los desbocados ejércitos de los Poderes Ruinosos.

Sin embargo, esta eclipsaba todas las demás, tanto por su tamaño como por su propósito. Cada uno de los elementos de su construcción tenía la facultad de absorber la materia pura de la magia, desde los

márgenes de Shyish hasta su mismo corazón. A través de la pirámide se refractaba y se reflejaba la concentración de esas magias que nutrían el Reino de la Muerte. Después se refinaba la magia pura para darle una forma más útil. Su construcción se había prolongado durante eones; era la obra de varias generaciones de artesanos, tanto vivos como muertos. Ahora estaba terminada y aguardaba a que Nagash hiciera acto de presencia para cumplir su función.

Su espíritu recorrió los pasadizos y, a su paso, los esqueletos que le servían, que estaban dispersos por el laberinto, se revolían y se ponían en movimiento para seguir a su señor hacia el corazón de la pirámide. Esa cámara central estaba situada en el núcleo de la estructura y se extendía desde la piedra que la remataba hasta la base. En cada nivel de la pirámide, una galería con columnatas rodeaba el espacio abierto.

Cuando el espíritu de Nagash entró como una nube negra en la inmensa cámara, los silenciosos supervisores que se encontraban entre las columnas se movieron por primera vez en siglos y dirigieron al recién llegado hacia el conjunto de pasarelas y salientes que partían desde los distintos niveles hacia los centenares de plataformas que se aferraban al núcleo central de la pirámide.

El núcleo, que contrastaba marcadamente con el orden que imperaba en el resto de la estructura, era una columna retorcida de cristalumbrío que ascendía desde el interior de la piedra que remataba la pirámide hasta el deslumbrante campo de estalactitas moradas que se extendía por la base de la construcción. Del núcleo brotaban en todas direcciones unos hilos brillantes que formaban una red. El núcleo y su red calcificada estaban cubiertos por un número incontable de facetas de diversos colores y tamaños, y todas ellas resplandecían con una energía malévola.

Para Nagash, esa luz era casi cegadora. Palpitaba con unas posibilidades malsanas. Sentía que la monstruosa hambre de la Pirámide Negra era casi tan insaciable como la suya propia y se agarraba a su esencia para devorarlo, pero Nagash la repelía con una facilidad que había adquirido gracias a la larga exposición a ella. La Pirámide Negra se alimentaba de la fuerza del reino, aprovechándose de los vientos de la muerte, de la misma manera que él, a su vez, se alimentaba de ella.

Sus esqueletos esclavos entraron en la cámara, y muchos de los obreros salieron volando del suelo absorbidos por una tormenta repentina y crepitante de energías de color violeta mientras Nagash les arrancaba su esencia para incorporarla a la suya. Con una eficacia asombrosa,

desmembró los cuerpos de los esclavos muertos y volvió a juntar sus partes para crearse un cuerpo para sí.

El Dios de la Muerte flexionó una mano recién formada y sintió el peso de los nuevos huesos. Satisfecho, se adentró en la mayor de las pasarelas. Guerreros ancestrales en armaduras oxidadas y ennegrecidas se arrodillaron cuando Nagash se paseó entre sus filas. Paladines y señores de los ejércitos de esqueletos y reyes y reinas de un centenar de feudos consumidos se postraban ante el único al que reconocían como su dios y su emperador. Los cuerpos marchitos de esclavos y artesanos se tiraban al suelo y se arrastraban ante el dueño de su destino. Nagash, complacido, paseó la mirada por sus huestes silenciosas.

Apremiados por los supervisores, los esqueletos comenzaron a marchar por las pasarelas en dirección a las grandes plataformas que sobresalían del núcleo. En cada plataforma había un gran anillo de cristalumbrío similar a la piedra de un molino, de la que partían unos radios de hueso. Estas piezas, colocadas una encima de otra desde su base hasta su punta, definían la longitud del núcleo. Unos extraños sigilos recorrían los cantos toscamente tallados de los anillos, que irradiaban una luz pálida.

—Ha llegado el momento —declaró Nagash cuando el último de los esqueletos llegó a su posición. Las paredes emitieron un zumbido al mismo tiempo que él hablaba. Todos a una, sus siervos se enderezaron y sus miradas de luz de bruja se posaron en él—. Situaos en vuestros puestos y empujad la rueda del progreso. ¡Que gire y que las piedras de mi voluntad muelan el tiempo!

Príncipes y esclavos empujaron los radios con los hombros y los anillos de piedra comenzaron a girar. Un estruendo ensordecedor de molienda colmó el aire. Unos rayos fulgurantes de color violeta recorrieron las facetas de la telaraña y salieron disparados del núcleo para impactar en las paredes del hueco donde estaba instalado.

Comenzó a oírse un rumor procedente de las profundidades que fue ascendiendo por la pirámide y sacudió sus cimientos. La tumbarena se desprendía de la estructura y se precipitaba al vacío como una lluvia seca. Nagash, que permanecía en la pasarela, estiró una garra y unió los hilos de crepitante energía que escindían el aire. Con unos movimientos precisos y calculados, Nagash enrolló las brillantes madejas de magia en sus brazos como si fueran cadenas. Las madejas llamearon cuando tiró de ellas y se tensaron, pero él no prestó atención al dolor. Después de todo, ¿qué era el dolor para un dios?

Nagash continuó asiendo cada vez más madejas y su figura titánica se convirtió en un cuerpo conductor. Los rayos de color malva lo recorrían y se introducían en sus oquedades para imbuirlo de una fuerza capaz de destruir las bóvedas de los cielos. Ya no era la magia pura que asolaba los márgenes de su reino, sino una forma de magia destilada.

Tiró de los hilos de la magia que sujetaba para transmitir su fuerza a sus siervos mientras estos empujaban la gran maquinaria para ponerla en funcionamiento. A su alrededor, las paredes facetadas comenzaron a moverse y a chirriar de manera lenta pero inexorable, y la invertida Pirámide Negra giró sobre la piedra de su cúspide, tal como Nagash lo había diseñado.

El movimiento de rotación ganó velocidad. El sol muerto que había debajo de la pirámide brilló con intensidad, como si fuera presa de un pánico atroz, y luego explotó con el estrépito de un terremoto. Nekroheim tembló hasta sus raíces intangibles. Ríos de fuego dorado se precipitaban por los lados de la pirámide en dirección a la base o recorrían las cámaras cavernosas. Nekroheim se estremeció como si hubiera recibido una herida.

El suelo de la caverna comenzó a agitarse. Millones de huesos entrechocaron arrastrados por la rotación de la pirámide. Como un descomunal torbellino calcificado, el inframundo al completo se puso en movimiento. Un huracán de huesos y de espíritus harapientos giraban con la pirámide.

En el corazón de la Pirámide Negra, Nagash sentía y veía todo lo que estaba pasando en las resplandecientes paredes de cristalumbrió. Contempló cómo los rayos morados salían disparados y se transformaban en tormentas de feroz fuego elemental cuando cruzaban las fronteras que separaban Nekroheim del resto de los inframundos. Los rayos se introducían en la sustancia metafísica de esos otros reinos como si fuera un anzuelo en la boca de una bestia marina y tiraba de ellos para llevarlos hasta Nekroheim, donde se sumaban al torbellino que seguía creciendo de manera imparable.

Nagash echó la cabeza hacia atrás y lanzó un bramido. Se sentía como si estuviera en el momento culminante de la disolución, como si las energías monstruosas que trataba de dominar amenazaran con destruirlo. Solo su decidida voluntad impedía que sucumbiera a las fuerzas que había liberado. Un dios menos poderoso que él se habría disuelto en aquel ciclón ensordecedor, pero Nagash movía las manos para apresar

más magia de la tormenta e introducirla en su cuerpo, de manera que aumentaba la tirantez de las cadenas del mundo.

Fuera de la pirámide, Nekroheim estaba descomponiéndose, cambiando de forma. El inframundo se deformaba bajo la estructura oscilante y se plegaba alrededor de ella para convertirse en algo completamente nuevo.

Las reverberaciones se propagaron por todo Shyish. Nagash vio a través de los ojos de sus siervos que el cielo que se extendía encima de Nagashizzar adquiriría un color púrpura negruzco. Los orruks aullaban mientras sus carnes verdes se les desprendían de los huesos y caían desplomados. Miles de millones de escarabajos con caras cadavéricas caían de las nubes convulsas y devoraban a los pieles verdes que aún se mantenían en pie. Nagash reía estentóreamente con su voz grave mientras el suelo que había debajo de Nagashizzar se combaba y se hundía. Muy pronto todos los reinos notarían las consecuencias de lo que estaba haciendo dentro de su pirámide y la realidad se deformaría para adaptarse a su voluntad.

Su risa cesó cuando el cristalumbrío se agrietó y se hizo añicos a su alrededor. Algo se revolvió en las profundidades resplandecientes y emergió lentamente de las tinieblas; en un primer momento solo eran atisbos de una forma indefinida. El aire de la cámara apestaba a hierro caliente y a sangre derramada, a carne podrida y a extraños inciensos. Oyó el chirrido de plumas afiladas y el estruendo metálico de cadenas pesadas; percibió el zumbido de moscas invisibles que volaban alrededor de su cabeza, cuyo ruido resonaba en los huecos de su cuerpo.

Lo que semejava un rostro cruzó las facetas agrietadas. Parlotaba sin emitir sonido alguno, pero Nagash oía sus palabras. Vertía imprecaciones con una voz solo audible para los dioses. Nagash se volvió cuando lo que parecía una espada llameante golpeó otra faceta y una telaraña de grietas irradió desde el punto del impacto. Nagash no se inmutó. A su izquierda, unas garras descomunales, como de un ave gigantesca, arañaron el cristalumbrío al mismo tiempo que lo que parecía una gorda zarpa, mugrienta y llena de llagas, dejaba unos surcos de excrecencias burbujeantes a lo largo de las facetas.

Unos ojos que parecían dos estrellas agonizantes lo miraron con ferocidad y un aullido hizo temblar Nekroheim hasta sus cimientos. Unos colmillos enormes, hechos de millares de espadas melladas y de roca fundida, lanzaron una dentellada furiosa. Nagash hizo un gesto socarrón con la mano para saludar a los recién llegados.

—Mis saludos, viejos horrores... Ya veo que he llamado vuestra atención.

Tal como Nagash había esperado, los Poderes Ruinosos habían llegado desde los abismos como tiburones importunados por una tormenta. Habían entrado en su reino rugiendo y guiándose con sus sentidos no humanos. ¿Era la curiosidad lo que los había llevado allí... o el miedo?

Nagash sintió su atención como una repentina presión que lo aplastaba, como si un gran peso hubiera caído encima de él desde todos los ángulos. Las inmensidades lo rodeaban desde paredes facetadas como si fueran bestias que solo el fuego mantenía a distancia.

—Pero llegáis tarde —añadió el Rey Inmortal—. Ya ha empezado.

Se oyó un bramido, y unas enormes garras de bronce y fuego empujaron el vidrio desde el otro lado y lo agrietaron. La sombra de una figura alada contemplaba la escena desde lo alto de la estancia y susurraba con una multitud de voces. El hedor de la putrefacción impregnaba el aire. Si alguno de los siervos de Nagash hubiera estado vivo, se habría asfixiado con la peste. Unas voces que eran como los gruñidos de la tierra o los gritos agónicos de las estrellas le lanzaban improperios y le exigían que parara.

Nagash respondió ante los amenazantes dientes con gesto desafiante.

—¿Quiénes sois vosotros para exigirme nada? ¡Soy Nagash! ¡Soy eterno! ¡He errado por los abismos el tiempo suficiente y he reunido fuerzas! ¡Ahora derrumbaré las montañas y secaré los mares!

Giró con ellos mientras lo rodeaban para no perderlos de vista.

—¡Bajaré el sol y subiré la tierra al cielo! ¡El tiempo arderá y el fuego quemará todas las impurezas de la sangre de la existencia, solo porque esa es mi voluntad! No habrá dioses que me precedan ni los habrá después de mí. —Hizo un gesto brusco con las manos—. ¡Solo existirá Nagash!

Cuando el eco de su voz cesó, se oyó una risa. Apenas era el fantasma de un sonido, no más sustancioso que el viento. Nagash hizo una pausa. Algo iba mal. Se dio cuenta tarde de que los Poderes Ruinosos no habrían acudido de no ser porque fuera a ocurrir algo divertido. El obstáculo en su plan no eran los orruks, sino otra cosa.

—¿Qué travesura habéis hecho? —entonó. Lo descubrió un instante después. Reconoció el olor acre y alquitranado de unas almas en las corrientes de poder que fluían a través de la pirámide. Eran unas almas diminutas, como pequeñas esquiras de vidrio. Los skavens hablaban con unas voces estridentes y nasales mientras correteaban por la pirámide

envueltos en capas de sombra. Nagash ignoraba qué magia habían utilizado los hombres rata para burlar a los centinelas de la Pirámide Negra. Pero eso le traía sin cuidado. Lo único que le importaba en ese momento era que estaban allí.

Al parecer, los orruks no eran los únicos que habían venido buscando los tesoros de Nagashizzar. Nagash alzó la mirada para contemplar los rostros etéreos de sus enemigos.

—¿No se os ha ocurrido nada mejor que enviarme alimañas para detenerme?

La risa de los dioses oscuros continuaba retumbando, cada vez más estridente. Furioso, Nagash envió una parte de su consciencia a las profundidades de la pirámide para investigar el origen de la perturbación mientras el resto continuaba concentrado en completar el ritual que había empezado.

Su faceta penumbrosa se deslizó por corredores y pasadizos como si fuera un viento frío, pero con una velocidad inalcanzable para cualquier racha de viento. Los encontró en las profundidades laberínticas, socavando los mismísimos cimientos de piedra de la pirámide. Su deseo ávido de magias vitrificadas era tangible. Los skavens siempre habían sido una raza codiciosa.

¿Cuánto tiempo llevaban allí, robando los frutos de su trabajo? Los rayos morados recorrían las paredes mientras ellos picaban con sus herramientas los bloques de cristalumbrío. La inestabilidad aumentaba a medida que erosionaban los fundamentos. Nagash observó los rayos, siguió su recorrido y calculó los estragos que harían.

Algo se revolvió en un rincón remoto en las profundidades de su memoria y Nagash tuvo la vaga impresión de que la historia se repetía. La pirámide, su triunfo, los skavens... De repente todo le resultó espantosamente familiar. A pesar de ser un dios, no podía recordar con claridad su vida anterior a que Sigmar lo hubiera liberado, aunque sabía que ya entonces existía. Siempre había existido. Solo recordaba algunos fragmentos dispersos, fosilizados en su memoria como insectos atrapados en ámbar; momentos de frustración, de victoria o de traición. ¿Era eso? ¿Ya había vivido esta situación o una parecida? Se tomó un momento para pensar. Los mecanismos negros de su cerebro se pusieron a elucubrar.

Los reinos mortales eran nuevos. Se habían erigido sobre las ruinas de los viejos. No eran más que la más reciente iteración del ciclo universal y algún día se harían añicos y resurgirían con una nueva forma, como

había sucedido infinitas veces antes. Era tan cierto que todo tenía un final como que la guadaña siega la mies. Nagash lo sabía y lo comprendía, pues él era la muerte, y la muerte era lo único que se mantenía constante. Pero ¿y si él no hubiera sido siempre como era ahora?

¿Y si era posible que ese tiempo pasado volviera?

¿Y si este era el primer paso hacia ese momento inconcebible? ¿Y si hubiera transitado antes este camino, siempre partiendo desde el mismo punto y llegando al mismo destino?

Dominado por estos pensamientos, Nagash dejó que su esencia inundara el corredor sacudido por los rayos de color malva como si fuera la niebla de un cementerio, a pesar de que su cuerpo permanecía en el núcleo de la pirámide. Sintió una punzada de dolor mientras el ritual proseguía y se alzó por encima de los hombres rata crepitando de ira. Liquidó al que tenía más cerca con una garra de neblina.

Mientras su víctima agonizaba, Nagash dejó a un lado todas sus dudas. ¿Qué más daba que este momento fuera la repetición de otro anterior? Esta vez el resultado final sería distinto. Tenía que serlo. No se desviaría un ápice de su plan cualesquiera que fueran las consecuencias. No permitiría que nadie lo detuviera. El mismísimo tiempo se plegaría a su voluntad.

Los skavens chillaban y huían correteando de los húmedos tentáculos de niebla. Los más lentos fueron los primeros en perecer. Los fragmentos de cristalumbrío repiqueteaban en el suelo mientras las alimañas se agitaban con convulsiones y finalmente morían. La niebla se introducía en sus cuerpos contorsionados y los levantaba para que persiguieran a sus secuaces vivos. Los hombres rata muertos desgarraban a los skavens que capturaban y les arrancaban trozos de pelaje y de carne de los cuerpos inmundos. Los skavens se entregaron a una orgía de brutalidad; aturridos por el pánico, arremetían con sus aceros unos contra otros, incapaces de distinguir al amigo del enemigo. Si ese era el primer paso, Nagash lo había dado y ya no había vuelta atrás. En el caso de que no fuera así, aún estaría a tiempo de llevar a cabo su plan. Cuando exterminó al último de los intrusos, a quien el terror había hecho enloquecer, Nagash los desterró de sus pensamientos a sabiendas de que sus despojos se sumarían al resto de sus posesiones. Ahora había otros asuntos más acuciantes que requerían su atención.

La presencia de los intrusos había afectado al delicado equilibrio del propósito de la pirámide. Nagash lo sentía en el tuétano cuajado de sus huesos. De alguna manera los skavens lo habían contaminado, habían

corrompido su Gran Obra. Ese había sido siempre su objetivo. Ahora se daba cuenta de que en las Geometrías de los Cadáveres se había introducido a propósito una fórmula antitética con el fin de que royera los cimientos de su orden perfecto. Un cálculo erróneo introducido expresamente con el objetivo de destruirlo.

Siempre estaban empeñados en tirar por los suelos el orden que él imponía. Utilizaban su determinación como un divertimento. Enviaban a sus siervos para que demolieran sus templos y le infligieran toda clase de humillaciones. Cada vez que empezaba a levantar cabeza, lo derribaban, lo encadenaban en una tumba y lo cubrían con piedras con la intención de sepultarlo en el olvido para siempre jamás. La risa de los Poderes Ruinosos sacudía la pirámide y el cristalumbrío se resquebrajaba alrededor de Nagash.

Se creían que podrían derrotarlo, que volverían a sepultarlo bajo su propio montón de piedras, donde permanecería olvidado hasta que la rueda girara otra vez. Estaba furioso y una brillante luz de color malva salía de las grietas de sus huesos.

Pues no iban a derrotarlo. Ni volverían a enterrarlo.

—¡No os interpongáis entre el Rey Inmortal y su destino, dioses de pacotilla! —espetó—. ¡Nagash es la muerte y no se puede derrotar a la muerte!

Mientras hablaba, repasaba mentalmente la estructura de la pirámide buscando la manera de reparar el daño. Estaba demasiado cerca de su objetivo como para fracasar en el último momento. Tenía que haber algo que pudiera hacer. Solo debía hallarlo.

El viento de las sepulturas arremetió contra varios grupos de esqueletos, los redujo a unos montones de huesos que volvieron a unirse para que Nagash cobrara forma en los puntos más críticos de la pirámide. Una multitud de Reyes Inmortales se levantaron; un centenar de ojos y un centenar de manos que obedecían a una sola voluntad. Estas réplicas de Nagash sostuvieron sobre los hombros los arcos que se desmoronaban o aguantaron paredes que se venían abajo.

—No permitiré que vuelvan a frustrar mis planes. —Las palabras que salieron de la boca de cada una de sus réplicas retumbaron mientras se afanaban en impedir el derrumbamiento de la pirámide. Era un coro de resistencia.

El cristalumbrío se agrietaba y se quebraba a medida que aumentaba la velocidad de la oscilación. Los bloques de arena vitrificada se movían,

se partían y se desprendían de las paredes para precipitarse alrededor de Nagash. Aun así, la Pirámide Negra continuaba girando. Nagash expandió su mente y su forma para mantener en pie la construcción con la sola ayuda de su determinación. A pesar de sus esfuerzos, se desprendieron varias secciones del edificio que acabaron reducidas a polvo. Los pasadizos se desmoronaban y aplastaban a miles de siervos del Rey Inmortal.

El núcleo se retorció de dolor. Aparecieron grietas a todo lo largo de él que derramaban magia negra. Los mecanismos de rotación se rompieron y explotaron y saltaron de su sitio por las convulsiones del núcleo. Los esqueletos salían disparados contra las paredes o se precipitaban a las profundidades abismales de la pirámide. Pero Nagash no prestaba atención a todo eso que estaba ocurriendo en torno a él y seguía concentrado en contener las magias que ahora fluían libremente y sin filtrar por toda la estructura. El poder bullía por todo su cuerpo y amenazaba con consumirlo, pero Nagash continuaba asiéndose a él. No estaba dispuesto a permitir que destruyeran su Gran Obra. Así no.

—No me derrotarán unas alimañas. Ni me dejaré humillar por unos dioses se segunda fila. ¡Soy Nagash! ¡Soy el dios supremo! —Sus palabras resonaron en toda la pirámide. A través de los ojos de innumerables siervos, Nagash vio que Shyish se arrugaba y se plegaba como si fuera una mortaja sacudida por una racha de viento frío. La magia salvaje se propagaba por las arenas de color violeta.

A lo largo y a lo ancho de los reinos cayó una lluvia de luz negra de los cielos convulsos. Un millón de tumbas olvidadas se abrieron bruscamente y en las criptas despertaron los muertos más nobles. Los espíritus se revolviéron en moradas oscuras y en sepulturas escondidas. Nagash rugía mientras absorbía un poder al que no estaba dispuesto a renunciar. ¡Que los reinos se desmoronaran, que las estrellas se apagaran y que el silencio reinara! ¡Nagash aguantaría!

Sentía cómo el reino se deformaba a su alrededor mientras los dioses oscuros reían y se burlaban de él. La mismísima realidad se tambaleaba como un árbol sacudido por un viento huracanado.

Hasta que las risas cesaron abruptamente.

Y en el silencio que siguió... la muerte sonrió.